

NOTA

El romanticismo literario de Doña María de Zayas y Sotomayor

De siempre me ha sorprendido desagradablemente el hecho de que un movimiento humano, artístico, literario, tan importante como el *Romanticismo* venga siendo denigrado por la crítica de más de cien años, salvadas, claro está, las honradísimas excepciones. La sola mención de la palabra *romántico* provoca la sonrisa, la risa franca o el palmario sarcasmo. Probablemente sea el tributo que nuestra sociedad de masas y de consumo haya de ofrecer en holocausto a un realismo mal entendido y a una *técnica férrea* y dominante.

Por ello mismo, todo lo romántico suscita en mí un poderoso atractivo a la hora de la crítica o de la simple lectura. Y, además, porque pienso que al *Romanticismo* le debemos el haber potenciado al hombre individual frente a un asfixiante societarismo aplanador. De ahí la necesidad de un nuevo *romanticismo* que otra vez vuelva a ponderar al hombre y valorarlo en su dimensión de persona individual, diferente de todos, aunque, al propio tiempo, tan parecido a los demás.

No pretendo decir, es obvio, que sea necesaria una vuelta al *Romanticismo* más o menos decimonónico. La marcha del tiempo y de la Historia es absolutamente irreversible, y todo intento de vuelta atrás comporta, en su misma entraña, el germen de lo ineficaz, destructivo y muerto antes de nacer. Pero si esto es así, y nadie puede negarlo con un *minimum* de lucidez, no aparece menos cierta y necesaria la evidencia de una renovación espiritual, plétórica de frescura y misterio individual, capaz de liberarnos de la agobiante tecnificación societaria y el ordenancismo racional a ultranza.

La literatura, hoy, es demasiado engañosamente *engagée* o muy tontamente amorfa. En cualquiera de los casos no enseña a vivir o lo hace mal.

Y aunque estemos de acuerdo, como nota Claude Roy, en que la literatura es inútil, también creemos que significa una ayuda: "La littérature est parfaitement inutile: sa seule utilité est qu'elle aid à vivre" (1).

Función ésta no la más importante, "*mais non la moins neccessaire*", teniendo presente, al propio tiempo, que su eje medular debe pretender al hombre, progresivamente, como un ser de vida más perfecta. El *Romanticismo*, en definitiva, fue quien más descarnó al ser humano, literariamente hablando. Por ello, cualquier muestra romántica debe ser registrada como merece.

Pues bien, una de esas muestras he vuelto a encontrarla en mi relectura de las sabrosas páginas de María de Zayas y Sotomayor, a quien, en mejor ocasión, pretendo dedicar un estudio amplio y sistemático, puesto que su lengua literaria —y conversacional, que en el fondo vienen a ser lo mismo— puede muy bien parangonarse con las más significativas de nuestra literatura, incluido el Siglo de Oro, en que ella vivió y creó, sin hacer ninguna salvedad, por más obligada y excepcional que pudiera parecer.

Por el momento vamos a circunscribirnos a una sola de las *Novelas Ejemplares y Amorosas* de Doña María que, dicho sea de paso, tienen un mucho de amorosas y no poco de ejemplares, pese a las opiniones que a veces hemos leído y escuchado, habida cuenta de que la ejemplaridad no radica sólo en la mogigatería, ocultación y ambiente *color de rosa*. La novela en cuestión es *La inocencia castigada*, impresionante y misteriosa historia de amor, de virtudes y pasiones auténticas, con personajes de carne y hueso, donde las más turbias aguas humanas afloran criminalmente a la acción en superficie, para ser finalmente castigadas

Este suceso hará que pasó veinte años y vive hoy doña Inés y muchos de los que la vieron y se hallaron en él; que quiso Dios darle sufrimiento y guardarle la vida, porque no muriese allí desesperada y para que tan rabioso lobo como su hermano y tan cruel basilisco como su marido y tan rigurosa leona como su cuñada, ocasionasen en ellos mismos su castigo (2).

(1) Cfr. CLAUDE ROY, *Défense de la littérature*, Collection Idées, Editions Gallimard, París, 1968. La cita la hemos tomado del último capítulo del libro, *L'utile inutile*, página 187. No sólo en este aspecto, sino en toda la compleja y fundamental problemática que condiciona la literatura, especialmente contemplada desde el ángulo de su justificación y finalidad, el trabajo de Roy es interesante por el rigor con que está estructurado, envuelto en apariencia sencilla, tan difícil de lograr. La erudición abundante se diluye en fluidez ligera y cartesiana ordenación. Además, determinadas notas de fina ironía salpican, de vez en vez, sus atractivas páginas.

(2) Cfr. MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR, *Novelas ejemplares y amorosas, La inocencia castigada*, páginas 129-154. El libro de bolsillo, Alianza Editorial, Madrid, 1968. Selección, prólogo y notas de Eduardo Rincón.

Pero vayamos por orden. En el prólogo de la edición que manejamos Eduardo Rincón destaca los caracteres definitivos del arte literario de doña María de Zayas. Intenta una confrontación de valores y se refiere a Cervantes

Sí hay, creo yo, que es mucho más moderna que Cervantes, modernidad que no se justifica con los pocos años que los separan, y que posee, a mi juicio, algo de lo que Cervantes se despreocupa —además de ese raro poder de análisis psicológico, tan fuera de su época, y de esa propensión a ser romántica, que hacen de ella una precursora, como decía antes— y es una facilidad para la descripción que nos asombra a veces (3).

En absoluto debe notarse aquí nada minimizador para Cervantes: sería pueril y tonto. Baste sólo como elemento de referencia y para fijar un valor que no puede, honestamente, negarse a la desenvuelta doña María de Zayas. Junto a su modernidad, destaca el prologuista otros tres aspectos: *amor, realismo, escepticismo*. Ciertamente, el *amor* —aparte su dimensión de tópico, en el Romanticismo fue una pieza clave de la creación literaria— ocupa un lugar destacado en todas sus novelas, parcialmente a causa de su propia concepción del mundo, en cierto modo también como respuesta a las exigencias naturales de la época. Sin embargo, el *realismo* es algo más propio de María de Zayas: “*Pero lo que distingue su obra de la de una gran parte de los demás novelistas del momento es el realismo con que se afrontan estos problemas, realismo que a veces nos sorprende y que siempre nos encanta por su audacia*” (Pág. 10). En cuanto a su *escepticismo*, mezcla de “*humor, cinismo y melancolía*”, quizá sea la nota que mejor evidencia su inclinación romántica, de manera especial en la vertiente del “*cinismo y la melancolía*”.

En efecto, lo trágico aunado a lo fantástico pasan por ser dos de los grandes elementos definidores del *Romanticismo*. Eduardo Rincón escribe: “*Romanticismo, decimos, porque ¿de qué otra formar llamar a esa propensión a lo fantástico que hace que una buena parte de sus novelas se desarrollen en medio de un ambiente de hechicería y encantamiento, aunque veamos tras la descripción seria de los casos la sonrisa cómplice de la novelista?*” (Pág. 11).

(3) Op. cit., página 10. Eduardo Rincón sabe lo arriesgado que resulta negar a Cervantes una primacía literaria y duda bastante a la hora de expresarla públicamente. En cualquier caso, es preciso estar de acuerdo en que la «*facilidad descriptiva*» de Doña María es superior a la de Cervantes.

La inocencia castigada es, en esencia, una trágica historia de amores, desesperada y fatal, es decir, romántica sin adjetivos. Su comienzo, detalle curioso, es muy parecido al de *D. Quijote*

En una ciudad cerca de la gran Sevilla, que no quiero nombrarla porque viven deudos muy cercanos de don Francisco, caballero principal, rico y casado con una dama de su igual hasta en la condición, se desarrolla esta historia. Tenía éste una hermana, una de las más hermosas mujeres que en toda Andalucía se hallaban y cuya edad no llegaba aún a los dieciocho años (Pág. 129).

Una segunda relación literaria puede establecerse a expensas de la mujer sin nombre que aparece en la novela, *tercera* de profesión, de la más clara estirpe celestinesca —de ahí el parentesco literario— y que usando de artificios similares a los de su comadre antepasada, puso en relación engañosa y dramática a los protagonistas de la historia

Pues andando, como digo, una mujer que vivía en la misma calle, en un aposento enfrente de la casa de la dama, algo más abajo, vió el cuidado de don Diego con más sentimiento que doña Inés, y luego conoció el juego, y un día que le vió pasar le llamó y con cariñosas razones le procuró sacar la causa de sus desvelos. Al principio negó don Diego su amor, por no fiarse de la mujer; mas ella, como astuta, y que no debía ser la primera vez que lo había hecho, le dijo que no se lo negase, que ella conocía medianamente sus penas, y que si alguna en el mundo le podía dar remedio era ella, porque su señora doña Inés la hacía mucha merced dándole entrada en su casa y comunicando con ella sus más escondidos secretos, porque la conocía de antes de casarse, estando en casa de su hermano. (Pág. 133).

Veamos ahora, las notas que pueden considerarse más significativamente románticas, dentro del talante general de la novela, que oscila, como ya hemos notado, desde la falacia iniciadora de un mundo extraño, hasta el auténtico horror sin paliativos. Toda una cadena de graduales eslabones en perfecto enlace.

Es posible que la primera nota rastreable pueda encontrarse en el engaño del que es objeto Don Diego por parte de la tercera

Pues ido don Diego, muy contenta la mujer se fué a casa de unas mujeres de oscura vida que ella conocía, y escogiendo entre ellas una, la más hermosa, y que así en el cuerpo y garbo se parecía a doña Inés, llevóla a su casa, comunicando con ella el engaño que quería hacer y escondiéndola donde de nadie fuese vista. (Pág. 133).

Son los prolegómenos de algo que sospechamos oscuro, aunque todavía no se pueda concretar. Prolegómenos que avanzan a primer acto con la realidad curioso del trastrueque

Quedose la vil tercera en la sala de afuera, y don Diego, tomando por la mano a su fingida doña Inés, se fueron a sentar sobre una cama de damasco que estaba en la alcoba. Gran rato se pasó don Diego en engrandecer la dicha de haber merecido tal favor, y la fingida Inés, bien instruída en lo que había de hacer, en responderle a propósito, encareciéndole el haber venido y vencido los inconvenientes de su honor, marido y casa... Y, así, cargándola de joyas de valor y a la tercera de dinero, viendo ser la hora conveniente, para llevar adelante su invención, se despidieron, rogando el galán a su amada señora que le viese presto, y ella prometiéndole que sin salir de la casa le aguardase cada noche desde la hora que había dicho hasta las diez, que si hubiese lugar no le perdería. El se quedó gozosisimo y ellas se fueron a casa contentas y aprovechadas a costa de la opinión de la inocente y descuidada doña Inés. (Pág. 135).

El engaño podría ser uno de tantos que aparecen en el teatro de nuestro Siglo de Oro, si no llevase aparejada el embrión de la futura tragedia. Extrañeza inaccesible, nada racional, oscura y premonitoria que va cristalizando sucesivamente a medida que avanzan las páginas y la fábula.

En el momento en que don Diego cree morir "*desesperado, con mortales bascas*", víctima de una "*enfermedad peligrosa, acompañada de tan cruel melancolía que parecía quererle acaba la vida*", puede hablarse ya de romanticismo sin ambages, habida cuenta que todo resulta como efecto de un desengaño amoroso. Al menos, don Diego así lo cree, puesto que ignora el trueque *buscona-doña Inés* que le preparó la tercera.

Sea como fuere, don Diego va a morir de amor —de falta de amor— y acongojado por la melancolía. Pero entonces aparece en la novela otro elemento exótico, infra o sobrehumano, cuyo significado excede a los cauces de cualquier razón e incide en lo instintivo, en la vertiente más oscura del hombre no sólo apolíneo

Y viéndose morir de pena, habiendo oído decir que en la ciuda había un Moro, gran hechicero y nigromántico, le hizo buscar y que se le trajesen para obligar con encantos y hechicerías a que le quisiese doña Inés. Hallado el Moro y traído, se encerró con él, dándole larga cuenta de sus amores, tan desdichados como atrevidos, pidiéndole remedio contra el desamor y el desprecio que hacía de él su dama, tan hermosa como ingrata. El nigromántico agareno le prometió que dentro de tres días le daría con qué la dama se le viniese a su poder, como lo hizo. (Pág. 140).

Con tanta sencillez se introduce al Moro, al *nigromántico agareno*, siendo así que a partir de su aparición la novela experimenta un giro de ciento ochenta grados en su trayectoria. Se abandona el plano humano y la fábula pasa a los dominios de lo demoníaco, donde el hombre viene a ser puro juguete sin voluntad ni razón, víctima de poderosas fuerzas telúricas y siderales, leño frágil lanzado a un torbellino sin fondo

Que como ajenos a nuestra fé católica no les es dificultoso, con premios que hacen al demonio, aun en cosas de más calidad, lograr estas cosas, porque pasados tres días vino y le trajo una imagen de la misma figura y rostro de doña Inés, que por sus artes la había copiado del natural como si la tuviera presente. Tenía en el remate del tocado una vela de la medida y proporción de una bujía de un cuarterón de cera verde; la figura de doña Inés estaba desnuda y las manos puestas sobre el corazón, que estaba descubierto, clavado en él un alfiler grande, dorado, a modo de saeta, porque en lugar de la cabeza tenía una forma de plumas del mismo metal, y parecía que la dama quería sacarle con las manos, que tenía encaminadas a él. Dijole el Moro que en estando solo pusiese aquella figura sobre un bufete y que encendiese la vela que estaba sobre la cabeza, que sin falta ninguna vendría luego la dama y que estaría el tiempo que él quisiese mientras él no le dijese que se fuese, y que cuando la enviase no matase la vela, que en estando la dama en casa, ella se moriría por sí misma... (Pág. 140).

¿Puede pedirse un mayor y mejor talante romántico, en su dimensión de ansiedad y misterio?

Lo que viene a continuación es fácil de adivinar. Preparativos e impacencias de don Diego. Efectos del sortilegio en doña Inés. Y, finalmente,

consumación de todo, en clima extraño de ansiedad, lucidez y somnolencia, en verdad, muy romántico.

Es curioso advertir cómo don Diego sueña y vive simultáneamente, sin saber a ciencia cierta cuando se encuentra en uno u otro estadio

¿Cuándo, hermosa señora mía, merecí yo tal favor? Ahora sí que doy mis penas por bien empleadas. Decidme, por Dios, si estoy durmiendo y sueño este bien o si soy tan dichoso que despierto y en mi juicio os tengo en mis brazos.

La vela que estaba en casa de don Diego se apagó como si con un soplo la mataran, dejando a don Diego mucho más admirado, tanto que ni acababa de santiguarse aunque lo hacía muchas veces. Y si no es que viera que todo aquello era violencia y no le templara ésto, se volviera loco de alegría. (Pág. 142).

A su vez, doña Inés vive y actúa inmersa en completa alienación: para ella su vivir es un sueño real y efectivo del que sólo quedan vagos efectos fisio-imaginativos a la hora de la claridad

Le pareció, cobrando el sentido perdido, que despertaba de un profundo sueño, si bien acordándose de lo que le había sucedido. Juzgaba que todo le había pasado soñando, y muy afligida de tan descompuestos sueños se reprendía a sí misma diciendo: "¿Qué es esto, desdichada de mí? ¿Cuándo he dado yo lugar en mi imaginación para que me represente cosas tan ajenas de mí o qué pensamientos ilícitos he tenido yo con ese hombre para que de ellos hayan nacido tan enormes y deshonestos efectos? ¡Ay de mí! ¿Qué es esto o qué remedio tendré para aliviar cosas semejantes?". (Pág. 143).

Dejémosnos de las socorridas explicaciones freudianas, que pueden o no ser capaces de justificar una tal actitud en doña Inés. En principio todo se debe al hechicero y a su control demoníaco de las fuerzas y actividades humanas.

Las escenas alternantes *noche-día* se sucedieron durante cierto tiempo, "más de un mes", explícita doña María de Zayas. Es la segunda sin-gladura que necesita terminar en el descubrimiento por parte de parientes, deudos y justicia. La nebulosa romántica, pues, ha terminado. También pudo acabar la novela; pero entonces podría ser precipitado y prematuro el desenlace. Se precisa una tercera etapa para maquinar y con-

ducir a buen término ejemplar venganza, al margen de la ley. Tres nuevos personajes se adelantan al primer plano: *el marido, el hermano y la cuñada*. Los tres hacen gala de simulación, crueldad y salvajismo insospechados, con lo que la historia revierte al plano humano, sin hechiceros ni misterios, sólo en función de las más insondables aguas turbias de la psique del hombre. Los frutos de tales fuerzas destacadas van a concentrarse en una bestialidad indefinible: tabicar a doña Inés, proporcionándole comida para que su agonía durase años enteros. Todo, cuidado hasta los mínimos detalles.

Desde nuestro punto de vista, pueden destacarse dos notas típicamente románticas: la *fealdad descarnada* —nunca mejor empleada la expresión— y el *horror espeluznante*.

En efecto, lo que podríamos llamar *página del martirio de doña Inés* constituye una muestra impresionante de los límites que es capaz de alcanzar la brutalidad humana. Sobrecoje no sólo por la índole de los hechos narrados, que por sí solos bastarían, sino también por el modo de expresión, por la redonda austeridad de medios literarios, por la exacta adecuación *idea-sentimiento-palabra*, sin que falte nada esencial, pero libre así mismo de toda gala o afectación superflua

En un aposento, el último de toda la casa, donde aunque hubiese gente de servicio nadie tuviese modo ni ocasión de entrar en él, en el hueco de una chimenea que allí había o ellos hicieron, porque para este caso no hubo más oficiales que el hermano, marido y cuñada, habiendo traído yeso y cascotes y lo demás que era menester, pusieron a la pobre y desdichada doña Inés, no dejándole más lugar que cuanto pudiese estar de pies, porque si se quería sentar, no podía, sino como ordinariamente se dice en cuclillas, y la tabicaron dejando sólo una ventana como de medio pliego de papel por donde respirase y le pudiesen dar una miserable comida para que no muriese tan presto, sin que sus lágrimas ni protestas les enterneciesen. Hecho esto cerraron el aposento y la llave la tenía la mala y cruel cuñada, y ella misma le iba a dar la comida y un jarro de agua. Aquí estuvo doña Inés seis años, pasando lo que imaginarse puede, supuesto que he dicho de la manera que estaba, y que las inmundicias y basura que de su cuerpo echaba le servían de cama y estrado para los pies y sin que ninguno de sus tres verdugos tuviese piedad ni se enterneciese de ella; antes la traidora cuñada, cada vez que le llevaba la comida, le decía mil oprobios y afrentas. (Pág. 148).

El horror que produce la lectura no puede ser más completo. Y la dimensión romántica de contraste violento, de paradoja desesperada, de todo lo inexplicable y absurdo que puede encerrar la vida humana, se condensa en la imprecación final de doña Inés

“¿Hasta cuando, poderoso, misericordioso Dios, ha de durar esta triste vida? ¿Cuando, Señor, darás lugar a la airada muerte para que ejecute en mí el golpe de su cruel guadaña, y hasta cuando estos crueles y carniceros verdugos de mi inocencia les ha de durar el poder tratarme así!”. (Pág. 149).

El desgarró vital es inmensurable, la desesperación es absoluta, impotentemente humana. La imprecación a Dios, que al propio tiempo reviste los más dolorosos términos de lamentación, está teñida de una tan acusada soledad que cualquier ponderación explicativa o crítica resultaría pálida y desdibujada.

La muerte, pues, parece que debía venir a remediarlo todo. Sin embargo, es preciso recordar que no estamos en el siglo XIX, sino en pleno Barroco, y que, además, se trata de una *novela ejemplar*. Por tanto la historia continúa hasta la lección moral definitiva, como aviso y prevención para las gentes. Pero hasta llegar ahí, es preciso resolver la situación a que han dado lugar aquellos cuyo corazón *“es bosque de espesura que nadie le puede hallar senda, donde la crueldad, bestia fiera e indomable, tiene su morada y habitación”*. Circunstancias favorables provocan el descubrimiento de todo y, al fin, doña Inés es librada de su encierro y calvario.

Se he repetido que la *fealdad*, como tema literario, es un descubrimiento que corresponde al Barroco. En efecto, así puede ser. Pero son los literatos románticos, más concretamente los poetas, quienes crean todo un mundo feo y deforme pleno de significación estética, gracias al mágico y creador poder de la palabra. El *tratamiento estético de la fealdad*, en rigor, entra de pleno en los dominios del *Romanticismo* como una de sus grandes realidades. La literatura romántica está plagada de personajes feos, deformes, monstruosos, en posesión, por contraste, de un espíritu limpio y noble.

Doña Inés es inocente, limpia de corazón, blanca de espíritu. Su alma es hermosa, lo ha sido siempre, incluso en los momentos más desesperados de su tenebroso encierro. Pero al final de la tortura, su cuerpo es la viva encarnación de la más espantosa fealdad.

En fin, derribaron el tabique y la sacaron. Aquí entra la piedad, porque cuando la encerraron no tenía más que veinte y

cuatro años, y seis que había estado eran treinta, que era la flor de la edad.

En primer lugar, aunque tenía los ojos claros, estaba ciega de la oscuridad, o fuese de ésto o de llorar, es el caso que no tenía vista. Sus hermosos cabellos, que cuando entró allí eran como hebras de oro, blancos como la misma nieve, enredados y llenos de animalejos, que de no peinarlos se crían, en tanta cantidad que por encima hervoneaban; el rostro de la color de la muerte, y tan flaca y consumida que se le señalaban los huesos como si el pellejo que estaba encima fuera un delgado cendal. Desde los ojos hasta la barba, dos surcos cavados por las lágrimas que se podía esconder en ellos un bramante grueso; los vestidos hechos ceniza, que se le veían las más partes de su cuerpo. Descalza de pie y pierna, que de los excrementos de su cuerpo, como no tenía donde echarlos, no sólo se habían consumido, mas la propia carne comida hasta los muslos de llagas y gusano de que estaba lleno el hediondo lugar... (Pág. 152).

¿No resulta, en verdad, espeluznante la visión? Apenas unas líneas y unas palabras apretadas, llenas de justeza, han bastado a doña María de Zayas para ofrecernos, como decíamos más arriba, la imagen misma de lo feo.

Volvemos, de nuevo, al principio. En la obra literaria de María de Zayas existe, y puede restrearse con cierta facilidad, toda una corriente *romántica*, a veces demasiado explícita, a veces, también, un tanto larvada o soterrada; siempre, con la suficiente entidad como para poder considerarla precursora más o menos lejana, antecedente significativo de la gran revolución romántica por antonomasia, radicada en el siglo XIX. Romanticismo el de María de Zayas, como el decimonónico, que no puede considerarse decadente ni enfermizo; antes al contrario, significa un estudio *literario-psicológico-estético* más amplio y profundo del hombre individual y complejo, dimensión original que comporta para su autora un mayor y mejor cualificado reconocimiento de universalidad.

Victorino Polo